

RECUERDOS DE LA ENTREVISTA DE MAGALLANES

ROCA Y ERRAZURIZ

EL COMIENZO DE LA OBRA

El mejor tiempo que es posible esperar en aquellas latitudes favorecía la histórica entrevista de los Presidentes de Chile y la Argentina, que iba a celebrarse en la bahía de Punta Arenas en enero de 1890.

Había sol, y la brisa helada de la zona austral se hacía mas soportable.

Hacia el medio dia los barcos argentinos habian entrado en el puerto y un cañoneo incesante habia saludado las banderas, las insignias presidenciales, atronando con aquellos acentos de paz las soledades magallánicas que ya nos íbamos acostumbrando a mirar como el teatro inevitable de futuras operaciones bélicas.

Y aquellos buques entraban, no por el Estrecho de Magallanes, via fácil y conocida, que todos los chilenos suponían era la única que podía tomar un barco del tonelaje y condiciones del "Belgrano", sino viniendo del sur, a través de los peligrosos canales de Beagle y Magdalena.

Aquella aparición de los buques argentinos por ese lado, que revelaba su rumbo, confirmado despues por la noticia de que el Presidente Roca habia visitado la remota colonia de Ushuaia, fué la primera sorpresa y la primera lección de aquel viaje memorable.

Podemos decirlo ahora que todo no es sino un poco de ceniza en nuestras memorias. En Chile se tenía pobre idea de la marina argentina, se la sabía nueva, apenas formada a escape para las necesidades de un posible conflicto, y ningun marino chileno creía que sus colegas argentinos se hubieran aventurado con una escuadrilla formada por el "Belgrano", la "Sarmiento" y el "Patria", por aquellos canales mal conocidos.

Y habian venido por la difícil ruta, sin un solo accidente. Comenzábamos a aprender.

Una primera visita del jeneral Vergara, que pasó al "Belgrano" con el coronel Quintavalla, entónces edecan del Presidente Errázuriz, bastó para arreglar los detalles del ceremonial.

Nuestra ansiedad era enorme. Llegaba por fin el momento de esta entrevista de los dos jefes de Estado, en la cual tantas esperanzas fundaban los gobernantes de ambas naciones. Tras largos años de recelos, de amenazas, de transacciones diplomáticas en que no siempre se procedió, como pudo haberse hecho, con ánimo sencillo de establecer lo justo y armonizar los intereses de las dos naciones, iban por fin a hablarse chilenos y argentinos, los hombres dirigentes de uno y otro lado, con voluntad de borrar las dificultades del pasado y de iniciar una era de paz y de concordias sinceras.

Errázuriz, que tantos esfuerzos y

Errázuriz, que tantos esfuerzos y tanto talento había puesto al servicio de esta causa de paz; Errázuriz, a quien sus enemigos habían llamado traidor a la patria, solo porque veía claro en el fondo del problema; Errázuriz, que había arrostrado tales dificultades y se había echado encima tantos odios para realizar una política de acercamiento, que en sus días hubiera sido mucho mas hermosa y fecunda que lo que ha sido despues impuesta por los acontecimientos, estaba nervioso y preocupado.

Recuerdo haber hablado con él momentos ántes de que Roca viniera al "O'Higgins". Daba las últimas disposiciones para la ceremonia. Se paseaba en su cámara dictando nerviosamente a un secretario el discurso que iba a pronunciar en el banquete. Tenia en el rostro y en los ademanes aquellas señales de intensa concentracion de su claro entendimiento que le eran características cuando un asunto delicado lo preocupaba.

Estábamos todos sobre la cubierta sacudida por los cañonazos que amenazaban dejarnos sordos, cuando la falúa que conducia al Presidente Roca atracó al costado del "O'Higgins"; y las tripulaciones gritaban estruendosamente los vivas al Presidente de la República Argentina, que por primera vez turbaban las soledades magallánicas y por vez primera se oían a bordo de un barco de guerra chileno.

Errázuriz, rodeado de su comitiva, aguardaba en el puente, y allí los Presidentes se dieron la mano y se presentaron mutuamente a los Ministros y altos dignatarios que los rodeaban.

El Presidente Roca venia acompañado de Alcorta, el eminente Ministro de Relaciones Exteriores a quien tanto debe su país, de Rivadavia, el hábil Ministro de Marina, del coronel Gramajo, su edecan, y de otros dos oficiales cuyo nombre escapa en este momento a nuestra memoria.

Entramos en la gran cámara del "O'Higgins" y al fondo de ella ocuparon sillones los Presidentes, a quienes poco despues se unió el almirante Montt.

Los grupos se formaban naturalmente: alrededor de Blanco Viel, nuestro Ministro de Relaciones Exteriores y de Alcorta, estaban los diplomáticos, los políticos, los que iban a Buenos Aires para las conferencias de la Puna, Altamirano, Zegers, don Luis Pereira, Rafael Errázuriz Urmeneta. Junto a Carlos Concha y a Rivadavia, los Ministros de Marina, se agrupaban los hombres de armas.

Una atmósfera de sencilla cordialidad sin nada aparatoso ni falso, esa naturalidad que el Presidente Errázuriz sabia poner en todos sus actos, parecia envolvernos,

Por primera vez sentíamos aquellos chilenos y argentinos, algunos de los cuales tenían en sus manos el porvenir de sus países, que había algo espontáneo y fuerte, con la fuerza de lo lógico y necesario, en la política de acercamiento que Roca y Errázuriz impulsaban.

Después en las fiestas de tierra, en los banquetes, en las manifestaciones de despedida, tuvimos ocasión de conocernos y estimarnos.

Muchos de los que entonces creían, y estaban en lo cierto, hacer una obra de patriotismo para Chile y la Argentina, han muerto ya y no han visto en un día como el de hoy la coronación y, lo que vale más, la plena justificación histórica de sus esfuerzos.

Ha muerto Errázuriz, tras un gobierno azaroso, y murió sin darse acaso cuenta de que muy pronto, antes del juicio histórico, su talento político y su clarividencia en la cuestión internacional iban a ser reconocidos.

No está ya en Buenos Aires para estrechar la mano de los huéspedes chilenos el doctor Alcorta, cuya cabeza morisca, de rasgos enérgicos, puesta sobre un cuerpo gallardo, era, sin duda, una de las más altas de América.

Ha muerto Altamirano, grande obrero de la paz, vigoroso servidor de su país en la guerra, talento, corazón, cultura y palabra elocuentísima puestos siempre como generosa contribución al progreso de Chile.

Murió Rivadavia el organizador de la Marina argentina, que bajo apariencias modestas como simpáticas ocultaba méritos sobresalientes de marino y estadista.

Aun hombres jóvenes y que eran una espléndida promesa para su patria, como Carlos Pañeros, han desaparecido de este escenario como una sombra.

Las más altas personalidades que sobreviven de aquel día que ha de tener su sitio en la historia de la amistad chileno-argentina, son el Presidente Roca y el almirante Montt.

Y a ellos les ha cabido ahora la honra de interpretar los sentimientos de los dos pueblos cuando ya hasta el último vestigio de malas inteligencias ha desaparecido, y la amistad es un hecho en el sentimiento popular más que en los tratados.

Pero es justo en tal día recordar a los que contra preocupaciones violentas, contra pasiones desbordadas en que se mezclaban como en toda lucha social intereses pequeños, contra el vocerío de unos, el temor de otros, la ceguera de muchos, sembraron la primera semilla de paz en aquel remoto rincón del continente.

Ellos, los estadistas de esos días, vieron claro en los destinos de Chile y la Argentina, y si su obra no hubiera sido detenida durante algunos años por circunstancias penosas y que se pudieron evitar, de seguro esta hermosa sensación de bienestar que hoy pasa como un estremecimiento de gozo de uno a otro país hubiera venido mucho antes a aclarar nuestro horizonte y hacer más fécondos nuestros trabajos.

C. SILVA VILDOSOLA.